

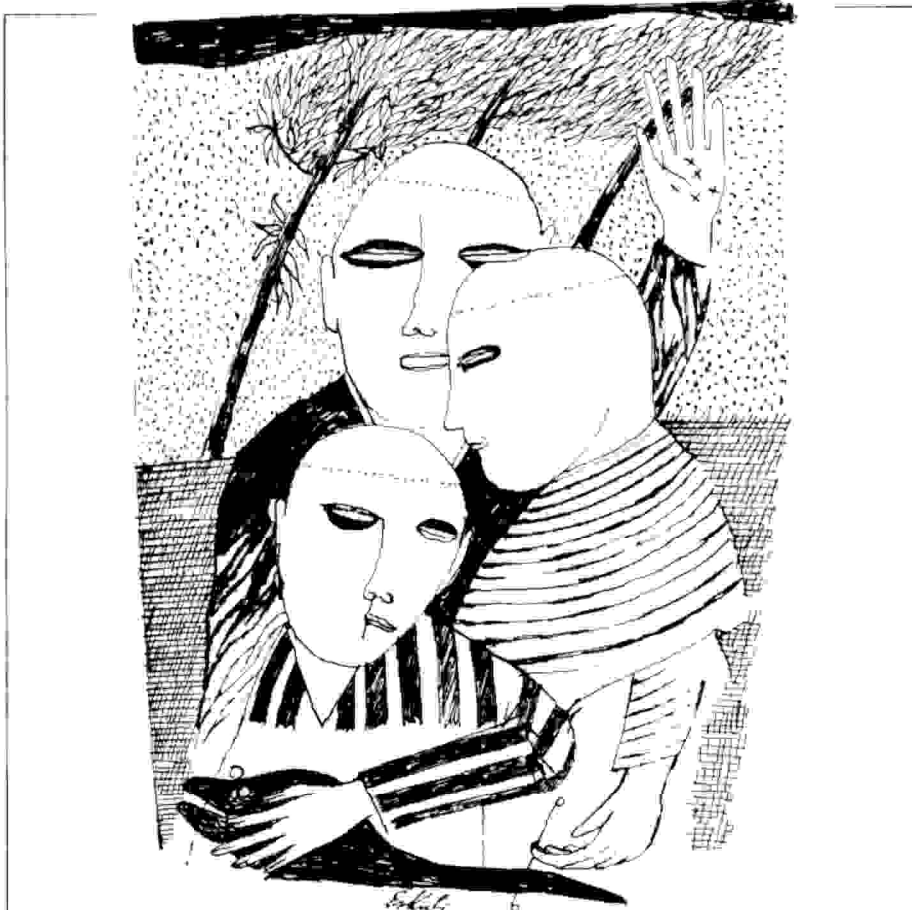
# Félix Grande: la herencia irremediable de la palabra

"Es todo cuanto has conservado de la vida. Esa pequeña pena tan atroz"

L. F. Céline.

La inquietud, la desazón, el misterio profundo y envolvente de la palabra, el enigma de esa palabra que inexcusablemente tiene que servir de nexo con la vida, con sus interrogantes y sus horrores. Porque Félix Grande escoge cuidadosamente las palabras al hablar, las coloca en el aire apreciando su textura, creando un espacio hábil y exacto donde puedan desenvolverse, atroparse, entenderse. Félix Grande tiene una mirada firme, manos amables, pelo blanco y gestos que quieren conmover. Se ha sentado en el suelo del vestíbulo del hotel para que su voz llegue clara y concisa hasta nuestro casset, provocando un contenido desconcierto entre los huéspedes quienes observan discretamente a ese hombre impecablemente sentado en la alfombra.

La poética de Félix Grande recorre el hábito de las obsesiones; la muerte, el horror, el infortunio, la voluntad clemente de vivir. El mismo la ha definido como "la conciencia del artista moderno que habita irremisiblemente el horror de la época, sabiendo que la macabra lealtad de dar fe de ese horror contiene un testarudo y casi vengativo amor inmortal a la vida". Aunque solo sea por el tratamiento poético de los temas, Félix Grande, nacido en Mérida en 1937, parece uno de esos escritores que no ha encontrado (o no le han encontrado) un lugar propicio en las grandes corrientes de los últimos años de la poesía española.



- Nadie se encuentra del todo al margen del sistema de estudio por generaciones, porque nadie se encuentra fuera del horizonte cultural en el que se desarrollan sus lecturas, sus preferencias y sus exclusiones. Particularmente me hallaría cómodo en la llamada generación del 50, a la que pertenecen José María Valente, Caballero Bonald, Claudio Rodríguez, Eladio Cabañero y Fernando Quiñones, entre otros. Me encuentro a caballo entre la generación de esos escritores y la que viene inmediatamente después, la de los "novísimos". Aunque me identifico más con poetas como Manuel Vázquez Montalbán y José María Álvarez que con los específicamente "venecianos". Me sitúo entre ambas generaciones porque mis primeros libros se publicaron con posterioridad a los primeros libros de los autores de la generación del 50 y porque soy algo más joven que ellos; pero no sólo por razones cronológicas, sino por argumentos estéticos o de moral literaria. Entre los escritores del 50 existe una disposición ética y estética de la que me siento partícipe; aunque en algunos de mis libros hay ciertos componentes irónicos, cierto libertinaje estético que aparece en posteriores generaciones, partícipo de la inquietud y la desazón del 50, mis maestros y los suyos son comunes.

Es parte de la herencia, las lecturas comunes que sirven siempre para rastrear los signos de un poeta. Las preferencias son la guía para descubrir afinidades, las raíces de la palabra...

- Antonio Machado, Federico García Lorca en algunos aspectos, César Vallejo siempre, algunos instantes de Miguel Hernández y Pablo Neruda. Una etapa, que no ha cesado, sino que retorna constantemente, se nutre de Rilke; un poeta que leo casi siempre que estoy desesperado.

Todos los seres humanos tenemos periodos de peligro de "Inautenticidad", existe un instante donde se está a punto de vivir con ella y en ese momento se corre el riesgo de perder el rostro, de quedarse solo. Para un escritor estos periodos son algo muy habitual, todo poeta que se tome en serio su trabajo, que quiera penetrar en la realidad con las herramientas-viudas que son las palabras, sufre las insistentes y periódicas visitas de la "inautenticidad". En esos instantes de vértigo la lectura de Rilke nos recuerda que existe la posibilidad en cada uno de nosotros de volver a la fidelidad. En esas situaciones de evidente anemia espiritual, en las que a través de nuestros terrores tratamos de conseguir seguridad, la lectura de Rilke es salvadora; recuerda que para vivir de acuerdo con uno mismo, sólo hace falta un poco de silencio, un poco de paz y mucho trabajo.

Hoy se habla insistentemente de la "recuperación" del 50, por un sector importante de la nueva poesía. Incluso durante un curso sobre poesía "novísima" en la Universidad de Verano de Santander, hace dos años, una conocida crítica literaria apuntaba (en los pasillos) la posibilidad de que Félix Grande se convirtiese en un "poeta de moda" en los próximos años.

-Dudo de la buena intención del comentario. Además la palabra "moda" está demasiado desvaída; puestos a soñar prefiero que en cada generación existan media docena de poetas que me lean con afecto. No es falsa modestia, al escribir la modestia es tan importante como el coraje; la humildad para el escritor es indispensable porque sin ella no puede existir la autoexigencia, y sin autoexigencia es imposible plantearse soñar con una página perfecta. La mayor parte del ruido y la furia de esta época está destinado a olvidarse, los poetas de moda desaparecerán inexorablemente. El trabajo del poeta es más serio que tratar de sobrevivir; se escribe porque se necesita



sobrevivir al menos un instante, porque se está enamorado y se tiene que gritar o porque se está aterrado y el grito es igualmente necesario; pero el oficio de escribir es una técnica laboriosa. Uno de los títulos de Edmundo de Ory "técnica y llanto" serviría para complementar ese oficio, puesto que el llanto se nos supone a todos, la técnica es necesario elaborarla.

Félix Grande apuntala las palabras, sin renegar de ninguno de sus premios (Adonais en 1963, Casa de las Américas, Premio Nacional de Poesía en 1978...) continúa explicando el sentido de la escritura (Escribo porque amo atrocemente lo que no ha sido todavía)

-Estamos aquí de paso, incluso la inmortalidad está de paso, no merece la pena dedicar la vida a coquetear con la inmortalidad, es

patético, es el resultado de convivir con la propia derrota. A los que se dedican a ello quizá el día que mueran, ni tan siquiera la inmortalidad acuda a su entierro. El Oficio de escribir consiste en comprender que las palabras no solo están para que nos sirvamos de ellas, sino para servir las. Las palabras nos llegan cargadas de temperatura poética, de fervor y amor, son nuestra herencia, y nuestro sentido literario está en la capacidad de gratitud con ellas y en la capacidad de entregar nuestra vida a las palabras, a la herencia general de las palabras.

Son las propias palabras las que misteriosamente atraen a otras nuevas, las que convocan y nos acercan al recuerdo de un verso "Sólo son verdaderas las palabras irremediables..."

-En el contexto donde está escrito ese verso se habla de amor

"Sólo son verdaderas/las palabras irreparables/El amor es precipitado". En el amor deben ser irreparables, cada palabra es un compromiso. Puesto que vivir es una forma de pasión, todas las palabras en todo momento deben ser un compromiso.

En el prólogo de "Años (antología)" Rafael Conte comienza con una interrogación "¿y si la vida y los libros fueran una misma cosa?". La respuesta de Félix Grande es contundente: *En el poema si la palabra no se convierte instantáneamente en un compromiso con uno mismo, con el lenguaje y con su comunidad, ese poema está condenado a morir.* Es ese sentido recto de la estética (de la ética comprometida) la que hace de Félix Grande un sujeto literariamente atormentado, tanto que como Machado, Onetti o Pessoa (Cada uno de nosotros es varios, es muchos, es una complejidad de sí mismos) ha creado un heterónimo: Horacio Martín. Con su ayuda Félix Grande ha escrito el que él mismo reconoce como su mejor libro "Las Rubaiyáts de Horacio Martín".

*No puedo formular una teoría de los heterónimos, únicamente puedo contar mi aventura. La historia de la literatura quizá no sea otra cosa que una multitud de heterónimos; cuando Flaubert dice "Madame Bovary soy yo" enuncia algo terriblemente cierto, puesto que él es realidad Madame Bovary cuando está escribiendo.*

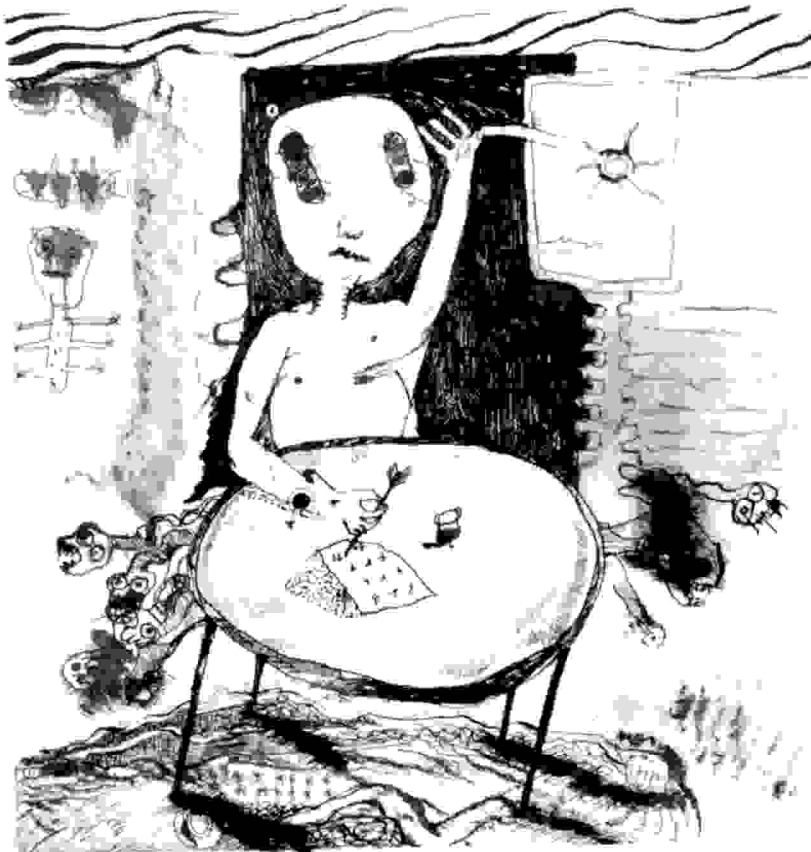
*Yo no pensé en la utilización, ni en la necesidad de un heterónimo. Sin embargo en un determinado momento de mi vida es evidente que necesité la ayuda de un cierto desdoblamiento. Cada vez se sufre un poco más allá de lo razonable, un poco más allá de lo que ortodoxamente está previsto, se tiene la certidumbre de que se necesita ayuda, y se acaba por saber que el verdadero socorro en una etapa de dolor no puede originarse más que dentro de uno mismo, la verdadera pomada para la verdadera herida se encuentra dentro.*

*En una época de mi vida me vi envuelto en una gran tormenta*

*de dolor, de las resquebrajaduras aparecieron unos poemas y unos apuntes en los que aparecía un rostro que no era el mío, pero que sin embargo no hubieran podido existir sin mí; era un desdoblamiento. A esto los psiquiatras más tolerantes le suelen denominar esquizofrenia. Creo que no estoy particularmente enfermo, pero en aquel tiempo necesité duplicarme para que las agresiones de la realidad me castigaran menos o para poder combatir las en dos frentes. Pienso en el volumen de sufrimiento de Pessoa para tener que combatirlo en cinco frentes, tanto que murió aproximadamente con la edad que tengo ahora; dicen que de cirrosis, aunque en realidad murió de horror.*

La poética de Félix Grande posee algo de unamuniano en su sentido más "agónico", ese forcejeo interior, esa lucha contra el espanto, que en las "Rubaiyáts" toma forma y sentido. Horacio Martín es un ser complejo, un evadido de la realidad con "la rara ética de los forajidos que no tienen perseguidor". Desde el epílogo Félix Grande contesta la interpretación de Camus sobre el Mito de Sísifo. "Su destino le pertenece. Su Roca es su cosa. Del mismo modo el hombre absurdo cuando contempla su tormento hace callar a todos los ídolos... Hay que imaginarse a Sísifo dichoso"

*- En ese libro parece que soy un lector desdeñoso de Camus, y no es cierto. No estoy de acuerdo con el Camus joven y vitalista que trata de convencer a sus lectores, que el Sísifo que carga con su piedra eternamente es, en el fondo, un hombre libre que trata de enfrentarse con los dioses perversos. Desde la biografía de Horacio Martín quería discutir esta interpretación, es una de las pocas veces que no comparto las teorías de Camus; sus niveles de lujuria expresiva en su idioma, de respeto activo por la comunidad, de altísima temperatura moral, de amor al lenguaje son inmensos.*



Al describir la poética de Horacio Martín, Félix Grande crea un juego de equivalencias con su erótica. En el poema "Elogio a mi nación de carne y de fonemas", se reconoce la ciudadanía de su autor, su pertenencia geográfica: "...yo no he llamado patria más que a tí y al lenguaje".

*-Conviene que descarguemos a las frases del fanatismo que suelen ostentar; las palabras no tienen porque tenerlo, aunque las frases suelen exhibirlo. El sentido de esta frase, la patria es el cuerpo de mujer y la palabra, es fanático y es verdadero, si se está muy seguro de una verdad, uno se convierte en un sujeto fanático.*

*No creía posible que el amor no estuviese apoyado y fundamento en el erotismo, y tal vez sea cierto. Pero se pueden apreciar grandes niveles de amor en las miradas de los ancianos. En una determinada época de la vida, un escritor sabe que su patria es su lenguaje, el lenguaje que ha heredado y que tiene que legar; y que su patria se va estrechando y queda únicamente la palabra. El erotismo es algo tan vasto que no conviene genitalizarlo, aunque sin la genitalidad es ilusorio pensar en el placer y en cualquier tipo de creación vital o literaria, en eso sí me siento un severo seguidor de Reich. La sensualidad no existe solamente en el amor o en el recuerdo, sino al pronunciar palabras, al observar miradas. El Amor y el Lenguaje son nuestra patria, pero cuando se diluye la energía erótica no conviene suicidarse, es mejor depositar el erotismo sobreviviente en otros lugares.*

Félix Grande es además de escritor, un observador privilegiado de la realidad literaria. Desde esa perspectiva, como Director de Cuadernos Hispanoamericanos, perfila una idea de nueva poesía, de nuevas posibilidades creadoras del Arte, un estética que nacerá del desasosiego.

*-Si de la angustia que sufre actualmente la juventud no surge un movimiento espiritual, rico,*

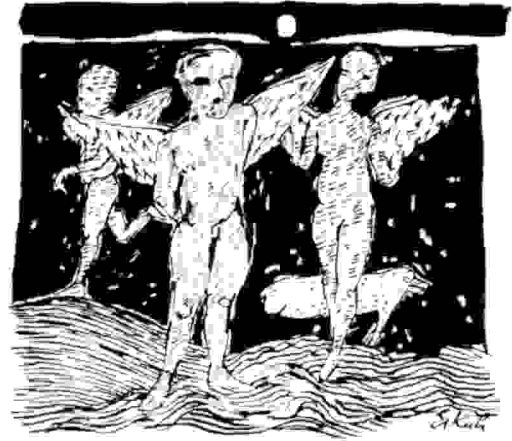
*complejo, desobediente y vitalista, es que la especie humana hemos decaído demasiado. De esa angustia contenida debe nacer un -ismo, que desde luego no se llama post-modernidad, que dirija esa desazón desobediente y enérgica. Ya existe gente preparando este movimiento, realizándolo como se suele elaborar el Arte, con trabajo pero con espontaneidad.*

*Para hablar de la nueva poesía me falta perspectiva para analizar lo que tenemos tan cerca, la poesía camina siempre por donde ella quiere. Los poetas tenemos el privilegio algunas veces de que nuestro camino coincida con el de la poesía. Es una ilusión pensar que podemos cambiar el rumbo, que la poesía va a ser lo que nosotros queramos y olvidar la herencia de las palabras. En los poetas jóvenes no existe nada particularmente nuevo, si vueltas a ciertas partes del pasado, una relectura del surrealismo, del modernismo, de las vanguardias, pero con constantes eternas: poesía amorosa y parte de poesía social o civil.*

*Si surge un nuevo -ismo no va a ser desde los temas, esa desazón va a tener que agregar algo nuevo de talante general de la especie, y ese algo nuevo puede que sea "una nueva forma de terror".*

Es el retorno a las obsesiones, Hölderlin dejó escrito en Hiperion "cuando más profundo es su sufrimiento más profundo es su poder", es el poder de las palabras las que marcan los límites, emocionan o testimonian.

*-A partir del 5 de agosto de 1945, cuando cayó la primera bomba atómica sobre la ciudad de Hiroshima, ocurrió algo que todavía no ha sido codificado por los pensadores y los filósofos, y creo que ni siquiera se lo estén tomando suficientemente en serio los sociólogos. Tradicionalmente los seres humanos sabíamos que estábamos condenados a morir y tradicionalmente nos consolábamos pensando que*



*muertos como individuos quedaba la aventura humana como heredera de nuestros actos. Todos éramos miembros de la tribu, desaparecía un miembro pero no el conjunto. Ahora por primera vez en la historia sabemos que también la tribu puede desaparecer. De ese saber escalofriante puede nacer una nueva forma de arte, una forma de comunicación infinitamente más fraternal que la que nunca ha existido.*

Nos ha quedado en la piel y en las palabras ese no pronunciado "lugar siniestro este mundo, caballeros", palpitando como una amenaza de terror, pero conteniendo siempre un rasgo de hospitalidad, la herencia del lenguaje sin rendición; "Ven otra vez Socórreme Socórreme, poema/ Tú eres el enigmático solar/la mano que apacigua el espanto/ la niebla enorme que todo lo besa/En vos confío En vos confío".

ZURGAI